

Alfredo Pareja Diezcanseco en «El jardín de la memoria»

EDGAR FREIRE RUBIO

RESUMEN

El autor brinda una faceta distinta del intelectual Alfredo Pareja, como asiduo visitante de la Librería Cima, de Quito, en los años 70. Reconstruye así la imagen del amigo generoso, del ávido lector, del erudito conocedor de autores universales, y muestra la relación del ya afamado autor de obras importantes con el dueño de la librería, en las que el énfasis radicaba en la amistad, más que en el comercio de textos. Alude también a una entrevista que le realizara, en la que Pareja insiste en la valoración que tuviera de la música como un arte superior a la literatura. Otros episodios aportan a este retrato, siempre en aquel espacio de libros, y que evidencian las cualidades humanas de Pareja Diezcanseco.

PALABRAS CLAVE: Thomas Mann, Goethe, Narrativa ecuatoriana, Grupo de Guayaquil, década de 1970.

SUMMARY

The author gives us a different view of Alfredo Pareja, as a regular visitor of the Cima Bookshop, in Quito, in the 70's. He reconstructs the generous friend, avid reader, erudite disciple of the greats, and presents the relationship between the already famous author and the owner of the bookshop, which was centered on friendship rather than book sales. He also mentions an interview in which Pareja insists that music be held as an art higher than literature. Other anecdotes add to this image and highlight Pareja Diezcanseco's human qualities.

KEY WORDS: Thomas Mann, Goethe, Ecuadorian Fiction, Guayaquil Group, 1970's.

ERA UN LUNES. Estaba acomodando –con esa desidia de comienzo de semana– unos libros que habían quedado como remanente encima de los anaqueles de la Librería Cima. Debían de ser cerca de las 10 de la mañana, cuan-

do recibí una llamada telefónica. Era don Alfredo. Me saludaba efusiva y cariñosamente, como lo hacía siempre. Me urgía a conseguirle cuanto antes un par de ejemplares de *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch. Me explicó que era para regalárselo a uno de sus hijos. Le dije que no disponía de ninguno en ese momento, pero que luego de una media hora le daría la certeza de haberlos obtenido. «No te preocupes mucho, voy al médico. Y en cuando me desocupe, te llamo...». Fue lo último que le escuché. Horas más tarde se supo que su corazón había fallado, y me quedé anonadado. No era la primera vez que me había tragado unas lágrimas por un amigo. Noté en la librería un mutismo total ante la trágica noticia, tan mal venida. Mi viejo maestro se había quedado petrificado y conmovido. Recuerdo que nos dimos un mutuo pésame. ¡Luctuoso 3 de mayo de 1993!

Luis A. Carrera, me presentó un día a Alfredo Pareja Diezcanseco. Debió haber sido por los años 70. Era el tiempo en que la librería bullía de visitas especiales. La desaparecida Cima, era en Quito un referente cultural de primer orden. Acudían allí lo que pomposamente se llamaba la «flor y nata» de la intelectualidad ecuatoriana. Cualquiera día y a cualquier hora, se podía hallar en su local a Benjamín Carrión, Pedro Jorge Vera, Ángel F. Rojas (que cada vez que venía de Guayaquil, cumplía el rito de visitar la librería), José Laso Barba, Adalberto Ortiz, el psiquiatra Julio Endara, Luis Bossano, Gonzalo Escudero, Raúl Andrade, Alejandro Carrión, Jorge Icaza (quien iba siempre los viernes en la tarde. Recogía impajaritadamente todas las novedades bibliográficas de autores nacionales y pedía que fuera a dejarle en la Biblioteca Nacional, en San Blas. Obviamente, me encantaba cumplir ese encargo); de vez en cuando Jorge Carrera Andrade, Paco Tobar –nunca he olvidado su voz de barítono y su «espectacularidad» para escoger libros. Amontonaba en sus brazos las Obras Eternas de la Editorial Aguilar y pedía que «le anoten en su cuenta» y que ya vendría a pagar... ¿Quién no caía o resbalaba en esa casa de amigos?

Don Alfredo era «devoto» del viejo librero. Siempre le pedía que no dejara de conseguirle todos los tomos de la colección Ayacucho. Que no se olvidara de los 23 volúmenes de *Los hombres de buena voluntad* de Jules Romains, creo que de la Editorial Losada. Le cundía por *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, en una «atractiva» presentación y buena traducción. Siempre se ufanaba de tener a mano su máspreciado libro: *Don Quijote de la Mancha*, con las notas de Martín de Riquer. Su visita a la librería duraba más de una hora. Iba mirando reposada e inquisitivamente los surtidos

anaqueles. Yo le «espiaba» siempre. Tenía un porte muy digno. Un bigote impecablemente recortado. No se le notaba su acento costeño. De sonrisa fácil y nunca estridente. Miraba de frente y emanaba confianza. Con el Librero tenía sus «negocios», como don Alfredo expresaba socarronamente. Él le entregaba cientos de libros: *Las instituciones y la Administración en la Real Audiencia de Quito; Ecuador: De la Prehistoria a la Conquista Española; Ecuador: La República de 1830 a nuestros días* (tres tomos que publicó la Universidad Central entre 1975 a 1979); cientos de ejemplares de *Don Balón de Baba* (la edición de la Casa de la Cultura); otros tantos de *Las pequeñas estaturas* (Editorial Revista de Occidente) y *El entenaio*, que en 1980 le publicó Carlos Calderón Chico en la Universidad de Guayaquil, si la memoria no me hace trampa. Creo que alguna vez, puso en manos de don Luis Carrera algunas decenas de *Hombres sin tiempo* de Losada de Buenos Aires (libro que alguien debe reeditar, en vez de *La hoguera bárbara*, texto tan manoseado). Por 1986 le trajo también algunos cientos de *Notas de un viaje a China*, librito que se vendió como «pan caliente». Las liquidaciones trimestrales eran solo simulacros financieros, que resolvían entre risas y apretones de manos. Es que prácticamente don Alfredo no cobraba un solo sucre, porque todo se lo llevaba en libros.

Nunca fue extraño que el amigo escritor me llamara inquiriendo por infinidad de títulos. Yo tenía que ir cargando un «atado» de libros al Banco Popular, en donde –creo– era subgerente. Nunca comprendí ni tampoco le pregunté qué hacía un hombre de letras en asuntos de «números».

Algunos años tuvieron que pasar para que un día me atreviera a pedirle que me «regalara» una entrevista. Un poco inquieto me indagó «que cómo así». Le indiqué que andaba queriendo pergeñar un artículo para la revista *Diners*. Rodrigo Villacís Molina, que era en ese entonces parte del consejo editorial de esta publicación, me azuzaba que ya era hora de que me atreviera a escribir algo de mis experiencias como librero, y teniendo amistad «con tanto escritor que llegaba a la Cima» les interpelara acerca de lo que a mí siempre me fascinaba: ¿cuáles eran los libros que marcaron sus vidas?

Por ahí debo tener un viejo casete en donde está registrada la conversación con el entrañable amigo. No se escucharán más que risas, porque lo medular lo fui anotando en las hojas de la libreta que llevé conmigo. Creo que las risas más estentóreas son las mías, porque en la hora y más que duró la espontánea charla, estuve lleno de nervios. ¿Qué podía preguntar un curioso y limitado lector a un ya maestro consagrado?

Lo que sí quedó grabado en mi memoria fue su entrañable paciencia. Una calidez nada forzada. Con toda naturalidad me confesó que en su casa nunca faltaron libros. Que su padre era un gran lector, al igual que un hermano mayor. Que un tío, Wenceslao Pareja, fue una sombra benigna en cuanto a lecturas. Que nunca olvidaba cuando en alta voz le recitaba sus poemas. Que fue muy rica la correspondencia que mantuvo con él mientras estuvo en Europa. Siempre hablaba de títulos e innumerables autores. Recordaba vivamente a dos maestros que tuvo: José Molestina y el Dr. Adolfo Hidalgo Nevares. Del primero, evocaba que era su vecino de casa y además su profesor en los primeros años de escuela (ponía énfasis en hacerme saber que su instrucción formal llegó únicamente a la primaria). Del segundo, remarcaba: «era uno de los hombres más cultos que he conocido en mi vida». Ambos fueron tutores y guías espirituales y les debía mucho en su formación intelectual.

Sin rubor me confidenciaba que sus lecturas de niñez, se habían difundido «por el peso de los años», pero que Salgari, Julio Verne y todo lo que leen los niños debió ser devorado oportunamente. Luego vendrían los libros de mayor sustancia. *Los episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós, estaban siempre en primer lugar. «Es el Dickens español», subrayaba con el tono de su voz. Y hasta decía que era superior al escritor inglés. «No te asombres de que haya leído casi toda la obra del Padre Coloma», musitó en medio de una amplia sonrisa. Aducía que la pobreza no le permitió acceder a más libros apetecibles, pero que felizmente intercambiaba lecturas con sus amigos. Afirmaba que no podría decir que hubo libros que impactaron en su vida. «Todo libro es un regalo magnífico que llega a nuestras manos», subrayaba. Fue conmovedor cuando, haciendo un alto en la tertulia, me llevó a una especie de atril. Allí estaba *Don Quijote de la Mancha*. «Lo leo todos los días. Aun en los momentos difíciles. Pienso que es el fenómeno literario más increíble del mundo...» Se emocionaba confesando que había «saboreado» toda la obra de Thomas Mann. «Es un autor definitivo» sentenciaba. Pedía no olvidar la lectura de *En busca del tiempo perdido* de Proust y todos los ensayos de Ralph Waldo Emerson.

Cerrando los ojos, decía que hay otros textos fundamentales: *Los hombres de buena voluntad* de J. Romaine, *Madame Bovary* de Flaubert («siento su presencia real. Mujer carnal inasible» fue su frase textual, que anoté apuradamente). «¿Quieres leer uno de los comienzos más hermosos de la literatura?», me espetó. «Busca *Bouvard y Pecuchet*. Es un libro genial. Se anticipa a Beckett y hace comprender a Joyce». Desgranaba autores: Dostoievsky,

Henry Bergson, Stendhal (especialmente *Rojo y Negro*), Yourcenar y las *Memorias de Adriano*, M. Duras, Eco y *El nombre de la rosa*, Suskind y *El Perfume*. «Como divertimento sabio, estoy leyendo, *El hobbit* de Tolkien. La edición en inglés. Es una maravilla. Usa un lenguaje fino». Como un maestro sabio, me pidió que lea a Goethe, siempre sentenciando: «Es la inteligencia más clara y lúcida que ha dado Europa. He leído toda su obra». Aconsejaba que había que volver a los clásicos, que era una lástima que la gente no los lea. «Si solo dedicaran unos 15 minutos diarios a leer un buen libro, otro sería este país».

Es inevitable recordar un hecho aparentemente trivial que sucedió en esta entrevista. Detalle que más tarde corroboraría Carlos Calderón Chico: cuando entré a su departamento (vivía muy cerca del hotel Quito. «Aquí al frente viven dos amigos valiosos: Jaime Vela y Max Ontaneda. Siempre intercambiamos chismes literarios» fue lo primero que me indicó), me mostró parte de su biblioteca, una foto de su esposa, una escultura de Baldomera y el atril con el *Quijote*. Y me hizo sentar junto a su escritorio. Él se puso al frente. Nunca me di cuenta de que yo lo miraba «desde arriba». Mi asiento, muy sutilmente colocado, hacía que don Alfredo fuera el «inferior». Tardíamente comprendí su inmensa sencillez. «Sus amigos siempre estaban por encima de él...» sé que era su lema.

Ya como colofón a esa entrañable visita, como si no dijera nada, lancé una reflexión. «Los literatos somos músicos frustrados. Considero que la música es superior a la literatura». Para mis adentros, sería imborrable lo que un día sucedió en la Cima. Siempre que iba don Alfredo a la librería, me inquiría qué libro estaba leyendo. En cierta ocasión le contesté: *El Doktor Faustus* de T. Mann. «Qué bueno. Ya me comentarás cómo te va», me replicó. No habrían pasado más de dos meses cuando volvió con el inquisitorio. Con rubor le confesé que no había podido avanzar más que unas diez páginas. Y, con esa sonrisa de picardía que ostentaba, me hacía partícipe de que en los últimos meses estaba asistiendo a unas clases de música con David García Bacca. Y que el filósofo español le estaba enseñando todo lo que era la sinfonía. «Cuando tú me contaste que estabas leyendo el *Doktor Faustus*, me quedó la inquietud. Cómo lo harás, si yo he tenido que sudar la gota gorda, tratando de aprender lo que es la sinfonía, porque esta novela solo se puede entender dominando este trozo musical». «Créeme que me dejas en paz» fue su frase de consuelo. Por eso habrá sido que un día me regaló *Thomas Mann y el nuevo humanismo*, con una dedicatoria que no tengo son-

rojo en poner completa: «Al estimado amigo, Edgar René Freire, este último ejemplar de mi ensayo sobre Mann –solo me resta uno encuadernado–, que es apenas una osada y limitada manera de acercamiento al gran escritor alemán, para mí, el mejor después de Goethe. Con un cordial saludo, Alfredo Pareja. Quito, enero, 1986». Por supuesto, que yo también lo mandé a empastar. Y estoy seguro de que era el último. Porque cuando le tenté que por si acaso disponía de este libro, me confirmó que únicamente le quedaban los de sus hijos. Pero la generosidad lo venció y una hora después me lo envió con su chofer del Ministerio de Relaciones Exteriores a la desaparecida Cima.

Si alguien pudiera reproducir fotográficamente los «recuerdos de la memoria», vería en la mía su figura entera, viva, hasta la última vez que pisó el umbral de la vieja librería. Usaba un bastón y se resistía al paso de los años con una inigualable dignidad. Una vez, al intento del señor Carrera de ayudarlo a bajar la grada, declinó el ofrecimiento con una cortesía muy sutil y, efectivamente, aseguraba que llegaría a la vejez con alegría.

Hoy sé que no necesitó la vejez para ser un hombre alegre, porque él mismo expresó que la mejor alegría eran su esposa, sus hijos (uno de ellos al saber que su padre había pedido la reserva de *La muerte de Virgilio* de H. Broch fue a comprarlo vivamente emocionado) y sus amigos. Por eso, a pesar de que han pasado más de quince años siguen vigentes las palabras de Ángel F. Rojas cuando, dolido, escribió:

Querido Alfredo: he esperado que usted abandone la envoltura mortal para escribirle esta carta. Es una carta más, pero ya la última que le dirijo. No puedo añadir mucho a los juicios, casi siempre laudatorios para su obra, que en aquellas le dijera. No esperé que falleciera para proclamarlo como uno de los grandes escritores americanos [...] Y ahora se nos ha ido. Como escritor tiene un sitio de honor en la historia de la literatura americana. Pero siento profundamente que no nos haya dejado, mediante la autobiografía, la imagen del hombre, que en usted es tan excelsa como su estatura de escritor. Y no le digo más querido amigo. Pronto espero poder reanudar el diálogo cordial que hemos mantenido a lo largo de casi seis décadas.¹

Yo, su amigo librero, digo casi lo mismo, don Alfredo. ♦

Fecha de recepción: 14 octubre 2008
Fecha de aceptación: 03 noviembre 2008

1. Ángel F. Rojas, «¡Hasta luego Alfredo!», en diario *El Comercio*, Quito, 6 de mayo de 1993.